

HOMENAJES

ANDRES ELOY BLANCO DE TIERRA Y CIELO

Efraín Subero

—1—

Jóvito Villalba, tribuno de proyección continental, me decía una vez con un libro en la mano, abrumados los dos por el recuerdo de la patriecita común, que ya él no creía en la figura del Discurso de Orden.

Jóvito fue visionario, porque conversaba conmigo en la desordenada habituación de mis libros, a la manera de Tagore, un siglo atrás. Los años transcurridos desde entonces han fortalecido el desdén tanto por la intervención bajo techo que, a

pesar de los medios, siempre se ve condicionada por las cuatro paredes, como por las arengas de plaza pública.

Estoy consciente que en esta época de graves interrogantes, de severos cuestionamientos, de cambio de actitudes y hasta de corazón, resulta que se desconfía de los discursos tal vez porque son ineficaces. Como ocurre con todas las formas convencionales, se usa y abusa de la oratoria, sobre todo de la oratoria circunstancial, y de una nueva forma de discurso —infecunda, también, a pesar de lo nuevo— como es la que proporcionan los micrófonos de los periodistas de radio y televisión. Buscar, ganar y hasta robar pantalla a como dé lugar. Lo fantasmal retórico retuerce lo espontáneo o queriéndose hacer popular y accesible al gran público, se precipita con gran facilidad en lo ordinario y hasta en lo grosero que innecesariamente invade también los medios escritos. Excepción hecha de algunas expresiones que hicieron historia —la del Gral. Páez en Las Queseras del Medio; la del Libertador a Santander, después de la Batalla de Boyacá— son contadas las expresiones obscenas que han alcanzado la posteridad. En verdad se persigue el aplauso, se busca la nombradía. Pero esa forma de palabra es efímera. Como me escribiera el genial titiritero Javier Villafañe alguna vez, ni siquiera tiene la trágica grandeza de la juventud o de la flor que únicamente de agostarse vive.

Se desdeñan los discursos. Y, sin embargo, muchos se hicieron famosos. Los de Cristo y Demóstenes sirvan como inocultable referencia. ¿Puede negarse la trascendencia del Discurso de Bolívar ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819?

«La continuación de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle, y él se

acostumbra a mandarlo; de donde se originan usurpación y tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo los mande perpetuamente.»

«Echando una ojeada sobre lo pasado, veremos cuál es la base de la República de Venezuela».

«Al desprenderse la América de la monarquía española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente, conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aun conservamos vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más. Nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuando que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica».

«Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía, y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido, y los ejemplos

que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición».

«Los anales de los tiempos pasados os presentarán millares de gobiernos. Traed a la imaginación las naciones que han brillado sobre la tierra, y contemplaréis afligidos que casi toda la tierra ha sido, y aún es, víctima de sus gobiernos. Observaréis muchos sistemas de manejar hombres, mas todos para oprimirlos; y si la costumbre de mirar el género humano conducido por pastores de pueblos no disminuyese el horror de tan chocante espectáculo, nos pasmaríamos al ver nuestra dócil especie pacer sobre la superficie del globo como viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores.»

«La naturaleza a la verdad nos dota al nacer del incentivo de la libertad; mas sea pereza, sea propensión inherente a la humanidad, lo cierto es que ella reposa tranquila aunque ligada con las trabas que le imponen. Al contemplarla en este estado de prostitución, parece que tenemos razón para persuadirnos que los más de los hombres tienen por verdadera aquella libertad máxima, que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía. ¡Ojalá que esta máxima contraria a la moral de la naturaleza fuese falsa! ¡Ojalá que esta máxima no estuviese sancionada por la indolencia de los hombres con respecto a sus derechos más sagrados.»

«Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión, pero son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos: porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía. El hábito de la dominación los hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional;

y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo la tutela de leyes dictadas por su propia voluntad. Los fastos del universo proclaman esta espantosa verdad.»

«Sólo la Democracia, en mi concepto, es susceptible de una absoluta libertad; pero ¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo poder, prosperidad, y permanencia? ¿Y no se ha visto por el contrario la aristocracia, la monarquía cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos? ¿Qué gobierno más antiguo que el de China? ¿Qué República ha excedido en duración a la de Esparta, a la de Venecia? ¿El Imperio Romano no conquistó la tierra? ¿No tiene la Francia catorce siglos de monarquía? ¿Quién es más grande que la Inglaterra? Estas naciones, sin embargo, han sido o son aristocracias y monarquías.»

¿Puede apagarse el eco de la oración pronunciada por el Padre Carlos Borges en la Casa Natal del Libertador el 5 de julio de 1921?:

«...Ya era de noche cuando arrancándose a los brazos de sus parientes, y lanzando una última mirada de adiós a estos sitios donde corrió su infancia, solo, como había venido, Bolívar salió por esa puerta... para no volver más!... Lo esperaba la traición, el puñal de Septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba!».

«Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, como sonámbulo. Los que lograban reconocerle a favor de algún claro de luna cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse, al punto, sorprendidos, y, ya sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja, con profundo respeto: es el Libertador.»

«Del seno de la bandera española, inflada por el soplo del heroísmo, como del vientre grávido de Rebeca, nacieron a la guerra de la Conquista dos seres antagónicos: Lope de Aguirre y Martín Tinajero; vale decir, el buitre y la paloma, el tigre y el cordero. Ambos, soldados: vasco el uno y andaluz el otro: el primero un demonio y el segundo un santo. Conocéis la historia de Aguirre, el Tirano de la leyenda: es un río de sangre, una tromba de crímenes. Tinajero, al contrario, es el *soldado beato*, como le ha llamado Díaz Rodríguez. Los primeros cronistas de Venezuela nos dicen el portento de su vida y el milagro de su muerte. Supo ser bueno y santo en medio a la bárbara turba de sus conmitones, crueles y lujuriosos. Buscó El Dorado hacia adentro, en su corazón, donde ha dicho Jesús que se encuentra el reino de Dios; y puso más confianza en la cuenta de su rosario que en la bala de su arcabuz. Muerto en olor de santidad, fue enterrado en la sierra de Coro, en un rincón de la montaña. Y cuentan que muchos días después se halló su cuerpo desenterrado por las aguas, destilando bálsamos y mieles, entre flores y mariposas, y esparciendo suavísima fragancia, «con tanto ímpetu—dice Fray Pedro de Aguado— que por más de cincuenta pasos a la redonda ocupaba todo el campo».

«Pues bien, señores: yo veo en esto un misterioso símbolo del destino de Venezuela. España nos dio con su sangre cuanto de malo y bueno había en su espíritu: la crueldad y el valor; la superstición y la fe, el orgullo y la hidalguía, el odio y el amor. Aguirre y Tinajero son como dos semillas, de maldición y bendición, arrojadas en nuestro suelo. Los huesos del Tirano, polvo de Caían, la simiente maldita, después de una obscura germinación de tres siglos y del riego de sangre de nuestra Independencia, nos dio a raíz de Carabobo, y nos estuvo dando hasta ayer no más, horrorosa cosecha de guerras fratricidas. En cambio, las cenizas de Tinajero, la semilla del bien, más tardía pero más fecunda, es ahora cuando empieza a dar frutos en abundancia. Y mientras se aleja de nosotros hasta perderse entre las sombras del pasado, la rastrera

llama espantosa que con sus lívidos fulgores aterró tantas veces las vigili­as de nuestra infancia, surge del opuesto horizonte, como el alma del santo andaluz, el bendito lucero de la paz, la estrella matutina de la futura Venezuela.»

«¡Que brille para siempre esa estrella sobre esta casa como la lámpara votiva de la Patria sobre la cuna de su Libertador!»

¿Puede negarse la importancia de la tesis sostenida por el Presidente Rafael Caldera —**Idea de una Sociología venezolana**— en su Discurso de Incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, el 6 de agosto de 1953?:

«Indaguemos las bases y proyecciones sociales de la educación, busquemos los ricos elementos sociales que hay en nuestra literatura y alentemos la hermosa incursión que se hace hoy en el tesoro de nuestro folklore, indispensable para el conocimiento de la psicología nacional.

Así, finalmente, guiados por las luces que iluminan desde diversos ángulos las facetas concurrentes de la fisonomía social de Venezuela, llegaremos a adentrarnos en la psicología colectiva. No estoy con quienes reducen la Sociología a Psicología Social, pero tampoco me identifico con los que menosprecian el papel de esta disciplina en el campo del conocimiento sociológico. Las sociedades no son un mero fenómeno de conciencia, pero no existen en su plenitud si no llegan a invadir la zona del espíritu; Venezuela no sería lo que es, aunque sumáramos ordenadamente todos sus elementos: geográficos y geológicos, y económicos, y demográficos, y étnicos. Supone algo más. Es, precisamente, lo que es, porque tiene un sentimiento común; porque posee una conciencia común; porque ha formado una voluntad común, eso que deja a salvo, dentro de cierta actitud pesimista, un gran libro de

actualidad para el que «Venezuela era—lo será aún— un pueblo tribal, supersticioso, cuyo único sentido positivo es su poderosa voluntad nacional».

«Yo creo que hay un alma nacional. Por encima de los argumentos negativos me atrevo a afirmar que no hay quien no la sienta, en algún momento de su vida, presente en su dolor o en su alegría, participe en la determinación de sus actos. Sin ella sería vano pensar en la patria, sacrificarle horas de angustia, abandonarle la comodidad y el reposo, dedicarle amorosos pensamientos y hasta hacerle reproches. «Porque la nación—como dice Delos— es un resultado, un ambiente histórico y cultural; es el efecto de un *way of life* practicado durante largo tiempo. Su principio es, pues, un ideal que, habiéndose vivido, se inscribe en las costumbres y en las instituciones... Así se forma la unidad del grupo étnico: el lazo, a la vez histórico e ideal, es siempre moral. La adhesión a un parentesco espiritual es su fuerza; es, pues, un lazo moral que mantendrá mañana la unidad de la nación del mismo modo que la asegura hoy».

Pienso que no corren peligro de olvido los planteamientos de Arturo Uslar Pietri sobre El carácter de la Literatura Venezolana expresados en su Discurso de Incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente a la Real Española, el 20 de marzo de 1958:

«Habría que comenzar por hacer un sincero examen de conciencia y preguntarnos, aún a riesgo de parecer que dudamos de lo obvio, con la trágica sinceridad de quien no quiere engañar ni ser engañado, algunas de esas cuestiones fundamentales: ¿Existe una literatura venezolana? ¿Qué país es el que ha expresado nuestra literatura? ¿Qué le ha dicho la literatura a la nación y en qué medida ha tenido influencia sobre su destino?»

«Preguntarse si existe una literatura venezolana no es cuestión tan ociosa como pudiera parecer. No siempre fue

fácil contestarla. A lo largo de nuestra vida de pueblo, en una u otra forma, se la han planteado muchos de nuestros más notables pensadores. No es que nadie dude de que haya habido escritores en Venezuela, ni de que entre sus obras hay algunas que habrán de llegar a la más remota posteridad. La cuestión que se plantea es otra. Es la de saber hasta dónde o desde cuándo, además de tener escritores nacidos en su suelo, Venezuela puede decir que tiene una literatura propia, con rasgos definidos, que la distinguen de las demás.»

«Una literatura venezolana no puede existir sino en la medida en que es propia de un país llamado Venezuela, al que expresa y representa y al que se dirige como principal auditor.»

Necesario se hace mencionar también la reflexiva página de Uslar —El rescate del pasado— que constituyó su Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia el 11 de agosto de 1960:

«De la forma en que lleguemos a concebir nuestro pasado depende en mucho la manera cómo vamos a entender y enfrentarnos a los trabajos del presente.

Si la imagen que la historia da a un pueblo de su propio ser colectivo y de su quehacer fundamental en los tiempos es una visión de orgulloso sacrificio y entrega a ideales intemporales, será muy difícil llevarlo a acometer las ordinarias tareas del taller, del camino y del mercado que es la ocupación de la gente organizada y productiva.»

«La imagen que un pueblo llega a hacerse de su pasado forma parte esencial de la noción de su propio ser y

determina la concepción de su posición ante el mundo. Es su modo más común y certero de tomar partido y de fijar rumbo. No pocas veces esa visión del pasado llega a convertirse en una traba para incorporarse eficazmente al presente y a sus nuevos requerimientos.»

«La gran tarea de la historiografía científica en nuestro tiempo está en llegar a escribir una historia sin intenciones, que sea a la vez el reflejo y la explicación del quehacer humano en todas sus dimensiones y variedades, donde junto a la fuerza del hecho económico esté el poder de la creencia.»

«A estas alturas de nuestro examen de conciencia podemos ya pensar que esa historia simplista en tres tiempos, centrada en los grandes hechos externos de la independencia, deja afuera la mayor parte del hecho histórico al que pertenecemos, como herencia viva de otros tiempos, como fundamental proceso creador del mestizaje cultural, y como tensa correlación del hecho nacional y de la contemporaneidad occidental, lo que equivale a reconocer que hasta ahora hemos carecido de una imagen cabal de nuestra historia, y por lo tanto de una visión fidedigna de nuestro propio ser. Porque es incompleta, y parcial nuestra historia escrita, está desfigurada la imagen que recibimos y transmitimos de nuestro ser histórico y por ello mismo nos condenamos y condenamos a nuestro pueblo a no poderla vivir y realizar plenamente.

Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos, de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.

Vista así la historia nos resulta la más completa empresa de rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar en plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico.»

«Es el rescate completo del pasado la condición previa para la completa posesión del presente. Nada menos que esto, significa la historia para un pueblo.»

Arturo Uslar Pietri otra vez y última vez porque no puede dejar de mencionarse su intervención al agradecer el homenaje que le tributara esta respetable institución que es el Congreso de la República cuando el insigne escritor, hoy por hoy la voz intelectual de Venezuela, cumpliera 80 años, en 1986:

«Yo no soy ni he sido nunca pesimista, no es con pesimistas ni tampoco con simuladores como se hace una patria. Mi vieja sensibilidad de venezolano me hace sentir casi físicamente que el país está deseoso de que se le señale un rumbo aunque tenga un precio de sacrificios, que no van a faltar voluntades para tarea tan digna, que hay más soldados dispuestos para el buen combate de fortalecer la democracia, impulsar la economía, hacer efectiva en su pleno sentido la justicia social y abrir caminos al futuro».

«Para esa empresa de salvación todos tienen que concurrir con su aporte de esfuerzo, de consejo, de trabajo y de sacrificio. Allí estarán todos, los viejos y los jóvenes, las mujeres y los hombres, los trabajadores y los empresarios, los de mono azul y los de cuello blanco, los de la pala y los de la computadora, los artistas y los sembradores, los hombres de gabinete y los de taller, porque no hay nadie que no deba y pueda aportar algo, hasta este viejo soldado de la esperanza que se declara presente.

Esta frase final parece escrita en bronce:

«... porque no hay nadie que no debe y pueda aportar algo, hasta este viejo soldado de la esperanza que se declara presente».

Pero el viejo soldado no ha encontrado tropa ni Estado Mayor.

Ante estas muestras significativas del pensamiento venezolano, lo criticable, entonces no es la forma discurso, aunque considero que la oratoria, como género, está concluida. No obstante, hay ciertos momentos como éste y algunos otros cuando la tradición impone su costumbre añeja, aquí y en el mundo entero. De manera que mientras no inventemos otra cosa que la sustituya, tenemos que continuar «con la señal de costumbre» levantando la mano aprobatoria en favor de la tradición del Discurso de Orden. Digamos que es la justificación estética de éste en el cual estoy atravesando el pórtico. Aunque estoy presto a darles la razón si ustedes se la quitan, a la estructura formal de estas palabras. Deducirán por qué.

—2—

El centenario de Andrés Bello ha motivado actitudes controversiales. Existen los que se hacen a un lado porque no desean integrar un supuesto coro aclamatorio. Los que temen que, como otras veces, sea aprovechado con fines políticos sectoriales. Los que conforman la sabihonda élite universitaria o literaria, que lo dan por leído o que no tienen ningún interés por su obra. Instituciones y personalidades se niegan a participar en el centenario. Pobre destino para un hombre que consumió su acción en beneficio de la Venezuela total. Por eso en los poemas testamentarios de *Giraluna* no quiere sólo los niños de la casa —aquí presentes— sino también los que habitan simbólicamente la calle entera.

La minoría culta, en vez de avergonzarse de no haber masificado sus saberes, se contonea en su reducido círculo dando la espalda a la otra realidad. Con razón afirmaba Andrés Eloy que él no escribía para los que saben sino para los que deben saber.

Y como aquí siempre se procede de arriba hacia abajo, y no al revés; y los dirigentes comunicacionales imponen su criterio regidos por razones económicas, se corta abruptamente la transmisión anual de la leyenda caraqueña del Nazareno de San Pablo que, a pesar de todo, con el recuerdo de aroma y azahar de *El limonero del Señor*, por fortuna sigue aleccionando en la Iglesia de Santa Teresa. Se suprime la audiencia de *Las uvas del tiempo* al considerarse extemporáneo que en una fecha como la de la Nochebuena de Año Nuevo el hijo ausente eche de menos el abrazo junto a la bendición. Y después lamentan que las cárceles estén atestadas de seres marginales, los mismos que registran los diarios al día siguiente del asueto de fin de semana.

Ahora los días santos, para los medios de comunicación, son días comunes. Una música trepidante se impone por sobre el pausado sonido de la ola en la playa. Perdió su dial el Sermón de las Siete Palabras. A la Navidad la ensucian y la mixtifican con una música ruidosa que dejó de ser gaita hace mucho tiempo. Todavía sobreviven grupos de aguinalderos que se las ingenian para realizar una que otra grabación que no será jamás radiodifundida.

Andrés Eloy Blanco constituye una de las más altas expresiones de la espléndida diversidad característica de la inteligencia venezolana.

A pesar de todo lo que hizo hasta morir de apenas 59 años y en plena madurez creadora, no exagero si digo que es mucho más lo que dejó de hacer. De manera que también él puede

considerarse un *inacabado*, para emplear la nomenclatura de Don Luis Correa.

Andrés Eloy Blanco fue, en estricto orden alfabético: 1/ Biógrafo, 2/ Cronista, 3/ Cuentista, 4/ Diplomático, 5/ Dramaturgo, 6/ Ensayista, 7/ Funcionario, 8/ Humorista, 9/ Jurisconsulto, 10/ Municipalista, 11/ Novelista, 12/ Orador, 13/ Parlamentario, 14/ Periodista, 15/ Poeta, 16/ Político.

Me ha parecido metodológicamente imprescindible realizar un primer reordenamiento de la acción vital y de la obra creadora de este prolífico autor plural buena para ejemplificar la dinámica de los géneros, problema del que se ocupa en estos días la teoría literaria. De manera que la impureza estética no sólo caracteriza la novelística de este tiempo (ya hoy una novela es todo lo contrario de lo que era una novela) sino también la obra de nuestro creador cualesquiera sea el género mediante el cual se exprese.

Apenas sobrenado cresta de marejadas que hacen mar.

Como *biógrafo*, AE es celebrado por su libro *Vargas, albacea de la angustia* publicado en 1947. No obstante varias de sus páginas habían aparecido antes en sus columnas de prensa: *Algo más sobre Vargas* (25-10-43), *Una carta de Vargas* (6-2-44), *Vargas y la intolerancia* (5-3-44), *En el Día de Vargas* (10-3-44); *Cuesta arriba* (21-4-44), *Bolívar y Vargas* (17-5-44), *En La Guaira* (26-5-44), *Vargas, universidad y Patria* (28-5-44), *Vargas y la libertad* (10-3-45), *Vargas y Gual* (21-5-45), *José Vargas en el Congreso* (27-6-45), *Cuesta abajo* (1-7-45).

La devoción de AE por Vargas es de larga data. «Vargas —pensaba— no es simplemente un grande hombre. Vargas no es simplemente el más puro de nuestros Magistrados. Vargas es una hora, es una hora en un reloj, una hora pasada, presente y futura, cíclica, declinante y vigente, en órbita fatal sobre nosotros,

una hora con vigencia imprescriptible, una hora que suena con periódica angustia en la conciencia venezolana».

Recuérdese que en La Guaira pronunció el Discurso de Orden en homenaje del sabio (*Vargas: un símbolo clásico y una fórmula actual*) el 3 de marzo de 1937. Y de él es la frase que le enrostra a Carujo replicándole que el valiente era Vargas.

Escribió también desde temprano varias semblanzas biográficas, la más antigua la del político liberal español Antonio Maura, que data del 17 de diciembre de 1925, apenas cuatro días después de su deceso. De su numen nació la de Francisco Giner de los Ríos, que viene siendo un poco como el maestro de Juan Ramón Jiménez. Biografó a Domingo Badaracco, Arturo Bruzual Bermúdez; Eugenio Mendoza «nieto de próceres que acaba de morir» (25-6-44) (...), «constructor, caminador, iniciador, empresario, gerente, jefe, subalterno, obrero, todo en una palabra, don Eugenio Mendoza, soldado del trabajo: equivalía, en las empresas de paz a un compañero de armas de sus abuelos en la empresa emancipadora».

Dibujó el bosquejo del poeta puertorriqueño Luis Lloren Torres (12-7-44) a quien coloca al lado de Luis Palés Matos, inmortal cultor de la poesía negroide. Se detuvo en el zuliano Edmundo Urdaneta Aubert. Inició una serie titulada «Figuras del Tablado» en la revista *Elite* de 1929 que truncó el nombre de Eugenia Fernández. No debe omitirse su *Retrato de Gil Fortoul* que trazó en la UCV en 14 de abril de 1944:

Como *cronista* está desperdigado en los volúmenes de su obra periodística editada por esta institución congresal en 1973. En este género fue excelso porque manejaba los recursos estilísticos de la crónica, de muy venezolana prosapia, con gran destreza.

Entre su obra extraviada se halla su *Talonnario de dis-*

tancias; pero en cambio han sido recopiladas, bajo el equívoco título de *Periodismo*, páginas antológicas: *Dos maestros* (3-9-43), *Mater admirabilis* (20-9-43), crónica elegíaca inspirada en Doña Margarita Agostini de Pimentel, madre de JOB PIM, del Capitán Luis Rafael Pimentel, de Clarita de Lucho Villalba, de Cecilia, a su vez, madre soltera de los leprosos. Doña Margarita —AE dixit— «tenía un gran talento; era una gran artista. Viuda quedó, con muchos hijos; a todos los hizo cultos y artistas. Pero a la hora de gozarlos, les vio salir hacia el deber; y no se conformó con despedirlos, como madre, sino que los alentó, como matrona. Al compás de los hombres de su casa, sentía el gran deber como superior a sus propios derechos. Y así, fueron sus hombres a la calle y con ella quedaron sus mujeres, silenciosas de aguja de telar, eficaces de trabajo y de espera. Fue una casa sin hombres. Los hijos estaban en la cárcel y en la casa las mujeres platicaban con las sombras libres de los ausentes. Y en el centro del grupo, Doña Margarita era la versión palpitante de la tierra, la encarnación de Venezuela, desgajada de hijos, como un árbol de ramos; coronada de hijas, como un árbol de flores».

«Prisiones, torturas, heridas en la guerra, incomunicaciones, hambre, enfermedades, eran las nuevas que le llegaban de sus hombres lejanos. Y ella esperaba. Jamás una queja, nunca un paso que pudiera manchar de debilidad la actitud rectilínea de los presos. Escasez, angustia, desesperada soledad, todo caía sobre ella; y en el desaliento circundante, su clara frente, su palabra entera, su limpia majestad de patria sola, repartían la fe, pregonaban la esperanza, hablaban con la voz de Venezuela».

Repárese también en la humanísima *Anuncio de la muerte de Tai* (7-3-45), *Cuesta abajo* (1-7-45) que es una estampa plástica del diálogo final entre Vargas y Pedro Gual («Sentados en el peñasco, dialogan los dos hombres que más profundamente vieron a Venezuela desde la hora en que Bolívar cerró los ojos»)...

Es extraño que no exista una antología de las crónicas de AE ni que se le haya estudiado en este sentido.

Al analizarlo como *Cuentista* es preciso tener intuición y paciencia porque tanto en su bibliografía directa como en las compilaciones aparecen entremezclados con otras cosas.

AE titula sus cuentos de *Episodios*. Así aparecen en *La aeroplana clueca* de 1935 en donde inserta los más representativos: el que titula el volumen, «La gloria de Mamporal», «Noche de Reyes», «Susiche en Babel», «El niño que apagó la vela», «Jesús Napoleón Bolívar», «La mosca», «Alfonso El Sabio», «Toño Estrada vuelve a la guerra», «El cazador de Belania».

Otros cuentos se hallan en la 1a. y la 3a. parte de *Malvina recobrada* (1937) con el rubro de «relatos líricos».

Como *Diplomático* fue Inspector de Consulados hasta el 12 de marzo de 1937. El mismo lo cuenta en diáfanas páginas autobiográficas. Y como Canciller, que lo fue en 1948, quedan sus discursos en la Casa Amarilla del 15 y 23 de febrero de ese año. Y su visita a París donde lo sorprendió el golpe de Estado del 24 de noviembre.

En cuanto a *dramaturgia* hay varias cosas y muchas otras por decir que esta vez no se dirán. Porque su teatro se divide, para decirlo de algún modo, entre *teatro serio* y *teatro humorístico*.

De la primera parte, su obra más antigua *El Cristo de las violetas* (1925), poema escenificado. Los originales fueron conservados por Rosario Blanco de Zuzeau.

Al pie de la Virgen, según testimonio del propio AE, fue «empezado el 11 de febrero de 1929». «Prodigio en tres cuadros. Seguido de una burla en tres cuadros. Seguido de una comparsa

en tres cuadros». Esta obra fue escrita en la cárcel de La Rotunda «para una sobrina predilecta». El poeta obsequió el libreto a Totoña Blanco de Sotillo, quien lo facilitó para su edición de 1960.

El Club de las Mil y Una Noches, comedia satírica, probablemente fue escrita en 1931.

Todo está igual, tragicomedia en tres actos, es factible datarla en 1935. Primer acto: «Despacho elegante». Segundo acto: «La Rotunda de Caracas; sector semicircular del interior de la espantosa cárcel de Caracas». Tercer acto: «Un patio de Caracas», de contenido medular:

«No nacemos ni morimos. Somos el retoño de un árbol que nació y no morirá jamás. Nada valemos por nosotros ni por nuestras creaciones. Todo se hace en nosotros y todo lo hacemos en nombre de la savia que nos viene de lejos. Somos a la vez mortales e infinitos. Mortales en nosotros, infinitos en los demás. Lo infinito (...) es la aspiración, y cuando ella florece en la virtud por excelencia: la aspiración para los demás, el deseo para los demás, entonces nos hemos detenido para siempre en un gesto inmortal. Hemos hecho nuestra estatua y miramos con los ojos de bronce. Juan Bimba volverá después que haya sembrado el campo de los otros».

La mujer de la trenza morada (1935), drama en verso, es posible que haya sido destruido por el autor. Como informa con todo acierto Dionisio López Orihuela, «de esta obra nos queda el romance *La Hilandera*, una joya de composición, que recita el personaje principal». Este poema permaneció disperso hasta que fue incluido en el poemario *Giraluna*, veinte años más tarde, en 1955.

Abigail, Caracas, Editorial Elite, 1937, 133 p. «Tragedia bíblica en verso». La idea está expresada en el poema *La hija de*

Jairo, fchdo.: «Caracas, diciembre de 1923», incluido en *Poda* (1934).

Los muertos las prefieren negras. «Tabloide escénico en tres ediciones». fchdo.: «Venezuela-México, 1948-1950». Los originales fueron conservados por su viuda Lilina Iturbe de Blanco quien los facilitó para su edición de 1960.

El árbol de la noche alegre (1950), «escenario cinematográfico». Dionisio López Orihuela considera que «está concebido como un libreto de cine y se desarrolla naturalmente en un complicado escenario cinematográfico, de trucos y de dispositivos audaces, de excentricidades escénicas, a base de figuras que se disuelven entre juegos de luz y de sombras y de voces de personajes ausentes. Los títulos son un acabado de imaginación direccional, detallados con precisión y originalidad». Y el mismo autor explica que *El árbol de la noche alegre* «es la historia de un artista (...) que en sueños pretendió separar el arte de la vida y quiso por un momento divorciarse de su propio destino y concebir la dicha como cosa exclusivamente suya separada del mundo. Pero le salieron al paso sus personajes».

Queda por mencionar *Corona y gorro frigio*, sin fecha, ambientada en Francia; *Camina la copla*, s/f, ambientada en el llano venezolano; *Patria, que mi niña duerme*, quedó en manos de Gregorio Martínez Sierra, novelista, comediógrafo, traductor y director artístico español, fallecido en 1947. También está extraviada *Santa Inés de los enredos*, *Fajardô* y *Caoba* que data en 1937 y cuyos originales revisó en México en 1955. Aún es preciso mencionar *Los presos*, que también se extravió en el camino. Esta obra dramática la menciona incidentalmente AE en su conferencia *Retrato de Gil Fortoul*, pronunciada en la UCV el 14 de febrero de 1944.

Este es su testimonio:

En una obra mía, de teatro, llamada «Los Presos», un preso le explica a otro. ¿Cómo nosotros tenemos tres brazos? Hay cosas que hacemos para nosotros mismos en nuestro propio nombre, con nuestros propios brazos; pero nosotros nos dividimos en dos partes: aquéllas que trabajan para nosotros, y aquéllas que actúan como un brazo ajeno, con el brazo de la colectividad, con el brazo de los demás que deben estar al servicio no de nosotros, sino de ellos. Por eso en esa misma obra, un marido egoísta, que quiere absorber a la mujer, y apartarla de toda actividad, se ve en el trance de que la mujer le diga: «No, yo no soy toda tuya, hay algo en mí a lo que tú no tienes derecho: la parte en que yo actúo en nombre de la humanidad, en que yo soy un ciudadano como tú; tú no tienes derecho a quitarme eso». Eso es un tercer brazo para trabajar. Gil Fortoul no era el hombre del brazo cortado. El metió sus dos brazos en la obra política, perentoria, nefasta que se estaba realizando en Venezuela, pero de todo aquel período y frente a la juventud venezolana del país, aparece alto, limpio y luminoso el tercer brazo del sociólogo. Hubo hombres de aquella época que nos hicieron mal, y no supieron salvar al que no era de ellos, al que iba con ellos en nombre de nosotros.

En lo relativo a su *teatro humorístico* se puede clasificar en tres partes claramente diferenciadas. *Venezuela guele a oro*. «Superproducción morrocoyuna original de 03 y Mickey. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1942 (72 p.) Es su única unidad bibliográfica escrita en comandita con Miguel Otero Silva; la serie «Obras Maestras de la Literatura» y las piezas sueltas tanto en prosa como en verso.

Las «Obras Maestras» constituyen parodias de autores clásicos. Ellas incluyen los siguientes títulos: *Las vidas paralelas de Plutarco*, tres actos (8-11-1941), *El vergonzoso en Palacio* (Tirso de Molina), cuatro actos (21-11-1941); *Los tres mosqueteros* (29-11-41) (*Los tres mosqueteros*. Alejandro Dumas); *La divina comedia* (Dante Alighieri), tres actos (20-12-1941);

Sin Navidad en el frente (*Sin novedad en el frente*. Brich María Remarque (24-12-1941); *La perfecta casada* (Fray Luis de León), tres partes, (21-3-1942); *La vida es sueño* (Pedro Calderón de la Barca); s/f; y tres piezas publicadas en 1960 sin indicación temporal: *El paraíso perdido* (John Milton), *La verdad sospechosa* (Juan Ruiz de Alarcón) y *El sí de las niñas* (Leandro Fernández de Moratín).

Las piezas sueltas del *Teatro humorístico* de AE son las siguientes:

Descanso eterno de Bobito o *El alcastraz ausente* (1-5-43), («Micro-tragedia en verso, con tres actos, un entierro y un pésame a la familia»), *Prendimiento de La Rufa en el camino de La Vega* (12-6-43), (dos cuadros); *Amor, conveniencia y eugenesia* (16-10-43) (cinco actos y epílogo), *Una Doña Bárbara de película* (23-10-43), una escena, *El Prefecto estupefacto* (11-3-44) (cuadro único), *Prendimiento de Pancho Curucupiche en Paguita* (7-4-45), *Viaje morrocayuno* (27-4-1946). Quedan por mencionar *Catalina la Grande*, un solo acto, ambientado en el corte de Rusia, recogida en libro en 1960 y *Tragedia pascual*, también un acto único que aparece en el tomo de *Humorismo* editado por el Congreso de la República en 1973.

Si AEB fue un imaginativo, tal como lo pautaba el Libertador en su prédica pedagógica, se hizo un reflexivo en el ensayo. Es así como en su confinamiento de Valera, en 1933, desarrolla su tesis *El maestro y la economía nacional*, en tres capítulos sucesivos (21-1-1933, 28-1-1933, 3-2-1933) de asombrosa vigencia:

«El maestro de escuela puede y debe iniciar e ir cumpliendo en parte, en gran parte, la adaptación del trabajador nacional a las exigencias vigentes de nuestra evolución económica».

«Si la escuela es causa primordial en ese orden de cosas, el maestro debe ser factor importante de su mejora. Con que sienta un poco de sincero interés hacia el progreso de su pueblo, bastará para que no encuentre insuficientes los elementos de que dispone en los planteles de hoy, ni se ponga a esperar que existan escuelas industriales o que se importen técnicos europeos, o que se funden —como en el Uruguay y Alemania— escuelas vocacionales. El no podrá hacerlo todo de una vez. Pero aquí, como en muchas otras cosas, el resultado final no se mide bajo la óptica contingente de lo que se tiene o no a la mano, sino con la medida que da el propósito honda y sinceramente sentido».

«No cabe duda: el maestro puede de una vez comenzar. Su labor (...) nos dará pronto, sin necesidad de salir de casa y de trabajo inmigratorio, un nuevo contingente humano, extraído del fondo de nosotros mismos. Para esto sólo necesitamos que él se dé cuenta de que en sus manos está (...) el destino de los hombres y de los pueblos».

Ese mismo año escribe *Las Américas de la personalidad* («La falla del hombre actual, sobre todo del hombre americano, es la falta del propio conocimiento, que es la base para la formación de planes de vida para la creación de los grandes complejos vitales que se llaman patria, sociedad, etc. Y esa falla se acusa más en las masas de hombres desorientados que hoy se llaman pueblos») y ensayos del exilio publicados en libro en 1973. Todavía permanece extraviado un volumen de ensayos: *Vida privada del diablo*, de 1937.

Con muchos, como muchísimos venezolanos, también fue *funcionario*, en su caso no por flojera sino por necesidad. Y trabajó por unos meses en el Ministerio de Obras Públicas en 1936 y 1942.

Jurisconsulto. Se graduó de abogado en la UCV en 1920. Y como nunca tuvo nada que ocultar, en apuntes autobiográficos fue descorriendo el velo de su ejecutoria profesional:

«Como abogado gestioné concesiones para dueños de tierras llaneras; gentes de aquella tierra, que tenían derecho; todas esas concesiones se perdieron y pueden decir ellos que en lugar de ganarme un centavo, perdí lo poco que gasté de mi bolsillo en diligencias; de las otras gestiones en que intervine profesionalmente en ese ramo, tampoco obtuve un céntimo» (*Cuentas claras.* 3011-45).

El ejercicio profesional lo llevó a conocer a la *Doña Bárbara* de carne y hueso:

«Fue por el año de 1920 cuando conocí a Doña Pancha, arcilla para el modelado de Doña Bárbara. Yo acababa de recibir en la Universidad de Caracas mi título de abogado. De inmediato busqué el rumbo de la provincia. Los Llanos me atrajeron. Allí pasé años...»

«Al llegar a San Fernando, capital de los llanos de Apure, me esperaba un mandato. Se requería mi ejercicio profesional en un pleito de sonada importancia. Entre don Pablo Castillo y doña Francisca Vásquez de Carrillo se disputaba la propiedad de las fértiles sabanas de San Gerónimo Lemero, las mejores de la llanura del Apure del Arauca. El doctor Miguel Vargas Rivas sustituía en mi persona el poder judicial que le había confiado la señora Vásquez de Carrillo. Si Castillo aspiraba a incorporar a sus tierras ese lote de antología geográfica, doña Francisca, por su parte, estaba resuelta a conservar, con el papel o el machete, su integración en la hermosa hacienda vazqueña de *Mata de Totumo*, la esmeralda de Rincón Hondo, el pasto de más jugos para el toro, el campo de mejor andar para el caballo

en todo el Alto Apure». AE no da más referencias.

Humorista en letra y en palabra. Se dio a conocer en el popular semanario *El Morrocoy Azul* desde el 7 de junio de 1941 cuando publicó su famosa página «La clase del éxito. Once recetas para triunfar en los negocios, en las profesiones, en la política, en la lotería, en la vida y en el amor», hasta el 31 de enero de 1948 con su página «A cortar uñas». Usó indistintivamente los seudónimos «Blue Morrocoyau», «Morrocua Bleu», «Cero Tres», «Morrocoloco», «El Guayanés», «Miura», «Miura Monagas». A Luis Pastori le debemos la ingente tarea de recoger en volumen su producción humorística dispersa, publicada como el tomo IV de sus *Obras completas* en 1973. Así como le debemos otra buena parte, anécdotas incluidas, a José Rivas Rivas quien publicó en 1970 la primera edición de *Ingenio y gracia de Andrés Eloy Blanco* contando con la colaboración de numerosos amigos y admiradores del genial poeta venezolano.

Insigne municipalista. Este aspecto puede estudiarse mediante su actuación como concejal de Caracas en 1937 y un año después como Presidente del Ayuntamiento caraqueño. No obstante, sus numerosas reflexiones sobre el municipio y la autonomía municipal merecen ser objeto de detenido estudio. Y bueno es aclarar que no todas se hallan en los dos tomos que con el título *Temas Municipales* fueron publicados en 1976. AE opina que «el municipio es el primer principio de la Nación. Más aún —añade—, sin esa célula, la Nación no existe sino como feudo». Ahora se explaya en consideraciones:

«El Municipio está en nosotros como un hecho natural. Nosotros somos un producto fatal del hecho de ser hombres sociales; nosotros no somos nada nuevo en la historia. Somos un fenómeno con simple emanación del conglomerado humano».

«El Municipio hace las repúblicas. Junta, solidariza».

«El Municipio es la Patria; pero la Patria sin los arreos del lujo. No es la Patria con la majestad que queremos darle para que la vean las otras Patrias. Para ello tenemos la representación nacional. El Municipio es la Patria en la ciudad y en el campo en traje de casa haciendo sus quehaceres, sacándoles la cuenta a sus empleados, anotando al compás de la chancleta que va y viene, mientras la escoba limpia la casa de lo sucio y desgarrar la cortina de las telarañas anacrónicas. El Municipio es la Patria que paga el diario y quiere saber lo que se come y discute con el pulpero y le da de mamar al hijo que llora y se fija en los zapatos rotos y encuentra muy cara el azúcar para la pobreza de sus niños» (*Ante la tumba del concejal Henrique Chaumer*).

«Se forman los imperios y las repúblicas, y sigue siendo la ciudad o el caserío de los campos poblados —municipio urbano o municipio rural— la base, condición y quintaesencia del organismo nacional».

Veán como resume AE su paso por el cabildo metropolitano:

«Dos veces fui concejal. Ese cargo producía treinta bolívares por sesión y un total de trescientos bolívares mensuales cuando más. Era preciso trabajar para la prensa. Y en eso estuve hasta que el Ayuntamiento me eligió para ir al Congreso. Fui diputado por un período completo, hasta 1942; fui elegido de nuevo para el período que debía terminar el 46. En el lapso de esos siete años he estado como colaborador fijo de las siguientes publicaciones: «El Nacional», durante varios meses, y después «El Universal», «El País» y «El Morrocoy Azul». Mi trabajo para la prensa me ha producido alrededor de mil doscientos bolívares mensuales».

Como *novelista* nos dejó dos títulos: *El sobrino del Tío Sam*, cuyos originales se extraviaron y *El amor no fue a los toros*. Al reseñar este título el eminente bibliógrafo Angel Raúl Villasana añade la siguiente apostilla: «Ref. del Dr. Humberto Cuenca, quien vio la cita en *Los toros* de (José María de) Cossio. Parece haber sido publicada como folletín de una revista madrileña».

La *oratoria* fue una de sus facetas más celebradas. Tuvo el don de enervar las multitudes. Orador de verbo fácil y recursos ilimitados. A pesar de que sus mejores piezas oratorias fueron impresas en 1973 y 1976, es necesario reordenarlas y anotarlas. Y es mucho lo que quedó registrado sólo en la memoria de sus admiradores. Ejemplo al paso sus intervenciones en la Isla de Margarita en agosto de 1948.

Algunos de sus discursos son famosos. Y fragmentos de los mismos, inolvidables.

Carabobo. Congreso Nacional. Caracas, 24 de junio de 1939.

La Patria es de todos: nadie se ha ganado el derecho exclusivo de amar a su Patria. Hay que presumir en todos el derecho de amarla y la voluntad de amarla. La obra consiste en compaginar de una manera útil los dos postulados fundamentales: democracia y eficacia.

Los intelectuales y la política. Teatro Olimpia. Caracas, 1^o de junio de 1942.

«Es sinceridad la que yo deseo sobre todo en los intelectuales, a fin de que se empiece a reivindicar ese sector bastante hostigado por la indiferencia, ya que el pueblo si fue castigado, no fue por culpa suya, mientras que ese sector cuando ha sido castigado, el único castigador ha sido su conciencia».

**Pérez Bonalde, el poeta y el pueblo. Panteón Nacional.
Caracas, 14 de febrero de 1946.**

Nacimos en una tierra de mística telúrica, donde no es posible separar las andanzas del ser de las andanzas del suelo. Aquí lo siento, con la presencia probatoria de estos viajeros de la libertad; aquí lo digo, con el testimonio inmóvil y eterno de estos emigrantes de la justicia; aquí lo estoy diciendo, con la certificación inmortal de Venezuela peregrina. Los huesos que aquí yacen, los muertos que aquí moran, se escaparon de mil tumbas, a la orilla de mil caminos. ¿Dónde, en Colombia, no pudieron detener su viaje? ¿Dónde, en el Ecuador, no pudieron caer? ¿Dónde, en Perú o Bolivia, no pudieron morir? ¿Bajo qué techo de tierra, en qué rincón de América, no pudieron para siempre dormir con techo propio? Venezuela: tierra de poca gente y larga ley. Tierra de su hombre parecido a la tierra y de su tierra limitada en su hombre. Pocos pueblos, señor, señor dormido de gloria y del pueblo, pocos pueblos, ¡oh padre! como el tuyo para empezar el texto de una biblia. Aquí están, a tu lado, romeros, muertos y no cansados, todavía viajando por la tierra pródiga que enseña y sufre. ¿Qué fue para nosotros la emancipación, sino un salir de casa, un cruzar de fronteras, un alejarse siempre, un morir lejos, una mujer llorando a la puerta de un rancho y un hombre diciendo adiós desde la curva de un camino? ¡A quien hoy nos respeta por tanto como exportamos nuestro aceite, prefiero quien nos ama por tanto como exportamos nuestra sangre! Aquí están, caminantes, y con ellos, el pueblo cruzador de fronteras, invasor, pero invasor de inversa ley, porque nunca invadieron por quitar algo, sino por darlo todo: fusil, bandera y hombre eran la tierra nuestra, que no crecía más mientras crecía su camino. Y volcanes y llanos y países, y su tierra seguía con el mismo tamaño; pero en ellos andaba, y uno quedaba recostado al volcán y otro se echaba a morir en la pampa, y uno se sembraba en las costas ardientes, y otro en los altos páramos, y éste moría en frío, aquél en fuego, y donde

quiera que cayera, a lo largo de América, pueblo de poca gente y hondo mandamiento, el marchar y el morir eran vuelta a la Patria.

Bolívar en México. Develación de la estatua del Libertador. Paseo de La Reforma. Ciudad de México, 24 de julio de 1946.

«En mi tierra el hombre del sombrero de palma estuvo más de un siglo buscando su Bolívar; se lo daban en historia mitológica; se lo ofrecían en semidiós y se lo negaban en hombre; se lo daban en sombra y se lo negaban en luz; se lo daban en bronce y se lo negaban en pan, y el bronce no se come».

«Lo que les falta a las estatuas para ser hombres es, precisamente, lo que les sobra a los hombres para no ser estatuas».

Como parlamentario es ineludible recordar sus intervenciones como Presidente de la Asamblea Nacional Constituyente en 1945 y como Senador de la República en 1947. Su rutilante paso por la Constituyente es recordado por el Presidente Rafael Caldera en su trabajo «Andrés Eloy Blanco, el amortiguador de la Constituyente», de 1955. Como él mismo explica, «este artículo, escrito a la muerte de Andrés Eloy Blanco, debía aparecer en la revista *Elite* de Caracas, de 22 de mayo de 1955, pero fue retenido por la censura. Copiado de mano en mano, lo publicó el diario *Excelsior* de México, y desde 1958 en adelante se difundió en Venezuela».

Luis Pastori recopiló toda la obra parlamentaria de AE que fue publicada por el Congreso de la República, en dos volúmenes, con extenso y documentado prólogo del Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa en 1967. Posteriormente, en 1981, las editó Ediciones Centauro, de José Agustín Catalá en 1981.

Cito extenso, imprescindible fragmento, del estudio del Maestro Prieto:

Es esta una obra de especiales contornos, que pone de manifiesto una faceta de la inteligencia de Andrés Eloy Blanco y revela el acervo cultural de un hombre que a la elegancia del decir aunaba la profundidad y extensión de sus ideas. Era Andrés Eloy Blanco uno de esos hombres de raro talento a quien agrada leer pero que deleitaba más oír, por la gracia de su expresión y por la multiplicidad de recursos puestos en juego en el habla.

En los discursos parlamentarios encontrará el lector la versión de esas conversaciones sostenidas en el tono cordial de quien dialoga con una gran multitud. Dominaba el arte parlamentario y sus contrarios en la lid gozaban en la fulguración verbal del pensamiento de aquel hombre, que sumaba al argumento el humor oportuno y la frase chispeante para hacer reír o despertar el delirante entusiasmo de los oyentes, pero por serias y ofuscadas que fueran las discusiones nadie encontrará en la oratoria parlamentaria de Andrés Eloy Blanco la rencorosa y punzante expresión para zaherir o desprestigiar al contrario, porque en ese caso no valdría la pena disputar con él, sino más bien se hallará la expresión para poner a su nivel al contrincante y derribarlo, si era posible, desde una altura mayor, pero en forma tal que encontrase siempre un cojín en la lona del Parlamento.

Inicia su actividad parlamentaria Andrés Eloy Blanco en el primer Concejo Municipal elegido en Caracas en 1937. Allí se apasionó por los estudios municipales y fueron extraordinarias sus contribuciones para dilucidar la naturaleza del municipio neutro en la ciudad de Caracas, en la ciudad de México, en Río de Janeiro y la característica particular de la municipalidad de Washington, y fue resonante su defensa de la autonomía municipal, como auténtica forma de conjugar la naturaleza intrínseca de la comunidad municipal, que no tiene un origen legal

sino que nace de la comunión y entendimiento de la gente del común, que se juntan para resolver unidos sus problemas. Su tesis sobre la autonomía municipal enviada al Congreso de Municipalidades del Continente, reunido en La Habana a fines de 1938, es un luminoso trabajo de investigación, a la vez que aporte de significación para comprender el alcance de las funciones municipales dentro de la Provincia o el Estado y sus proyecciones para la Nación entera. Era Andrés Eloy Blanco un consumado municipalista, que de haber escrito la obra que planeó sobre Derecho Municipal, hoy sería autor consultado sobre esta materia de su predilección.

En la Asamblea Constituyente sus discursos sobre el Poder Municipal son de extraordinaria significación. El 24 de marzo de 1947 decía: «ni un Municipio, ni una familia, ni un hombre, ni un estado, son autónomos si no lo son económicamente» y para concluir, «en un sentido general la autonomía del municipio venezolano viene siendo intervenida en la misma forma en que un dependiente es intervenido por quien le da el salario que se gana o por quien le protege gratuitamente. La independencia económica es la base de la autonomía municipal, y la realidad venezolana es que la mayoría de los municipios viven de la protección del Estado nacional». Concordante con la capacidad económica que confiere autonomía a los municipios es su argumentación para defender la remuneración de los concejales, en discurso donde el tema fue discutido.

La actividad parlamentaria, primero en la Cámara de Diputados desde 1939 y después en la Asamblea Nacional Constituyente, que presidiera de diciembre de 1946 hasta octubre de 1947, se recoge íntegra en estos dos volúmenes publicados por el Congreso Nacional. Una primera parte contiene toda la labor parlamentaria de Andrés Eloy Blanco en la Asamblea Nacional Constituyente en la discusión de la Constitución Nacional, promulgada el 5 de julio de 1947. Luego siguen los llamados

Discursos Mayores y finalmente las intervenciones en la labor ordinaria del Parlamento en la Cámara de Diputados.

La actividad periodística la inicia AE en 1928 cuando redacta el periódico mecanografiado *El Imparcial*. Cuatro años más tarde mantiene su columna «Voces de la Voz» en el semanario *La Voz de Valera*. En 1936 redacta los editoriales de ORVE. En 1941 publica su colección de artículos políticos *Navegación de Altura* (Caracas, Editorial Cóndor, 1941, 111 p.) y entra a colaborar en el semanario humorístico *El Morrocoy Azul*. En 1943 escribe regularmente en el diario *El Nacional* de Caracas su columna «Reloj de Piedra». Entre 1944 y 1945 publica en *El Universal* su columna «Puerta sin llave». Al mismo tiempo colabora regularmente en el diario *El País* con su columna «Campanadas». Durante el exilio cubano publica en la revista *Bohemia*; y en el exilio mexicano en la revista *Humanidades*. También se hace imprescindible —a pesar de las compilaciones existentes— reordenar y sistematizar la obra dispersa del genial representante de la inteligencia venezolana.

En cuanto a unidades bibliográficas, su *poesía* consta de los siguientes títulos: *Tierras que me oyeron*, poemas escritos entre 1916 y 1920 (1921), *Poda* (saldo de poemas 1923-1928), *Barco de piedra* (1937). Apostilla de Angel Raúl Villasana:

«Informa el autor en el prólogo que no pudieron aparecer en esta obra, por haberle sido quemados en la cárcel, los poemas 'Traslado en diez tramos', 'Bajo las boínas azules', 'El alcatraz', 'Diga la verdad', 'Charlatanita' y otros».

«Explica igualmente que los poemas de este libro fueron escritos —menos el primero, que tuvo gran popularidad en la rebelión estudiantil de 1928— en La Rotunda de Caracas, Castillo de Puerto Cabello y confinamientos de Timotes y

Valera (1929-1932)».

Baedeker 2000 (1938), *Giraluna* (1955). Este libro incluye dos poemas famosos: «A un año de tu luz», escrito en octubre de 1950 y «Canto a los hijos», fechado en octubre de 1954.

En forma póstuma se publicaron los poemas populares de *La juanbimbada*, México 1959 y una segunda edición por Editorial Cordillera en Caracas, en 1960.

Hubo otro poemario: *El pueblo color de boína* que quedó en manos de los carceleros del Castillo Libertador de Puerto Cabello.

Andrés Eloy Blanco fue todo al mismo tiempo como es siempre el humano. De manera que su actividad *política*, sólo por razones didácticas, pudiera deslindarse de su acción vital.

Por lo menos desde 1912, a los 16 años, cuando sufre su primera prisión (un año antes, de 15, había publicado en el diario *El Universal* de Caracas sus primeros versos), se sumerge en el torbellino de la actividad política. El 27 de febrero de 1926 —para ejemplificar el aserto de líneas inmediatas— escribe el «Himno de los Estudiantes» que publica la revista *Elite*, de Caracas. En 1928 participa en la conspiración del 7 de abril. El mismo año —en mayo— redacta el periódico mecanografiado *El Imparcial* (segunda prisión) rescatado y publicado por el Dr. Ramón J. Velásquez en 1983. El 13 de septiembre de 1941 interviene en el acto fundacional del partido Acción Democrática en el Nuevo Circo de Caracas; y aún antes, el 5 de abril había presentado en el mismo sitio la candidatura presidencial del Maestro Rómulo Gallegos («Rómulo Gallegos es un forjador de Venezuela (...) El hizo personajes, él hizo paisajes, él hizo vida y dio caminos de fortaleza y elevación para que el pueblo los caminara»).

Acuciado por los ataques de sus enemigos políticos se vio obligado a explicar con toda diafanidad su trayectoria pública recogida en las compilaciones de su obra periodística.

También lo hizo, en intento logrado por escribir su historia para la Historia, durante el exilio donde lo esperaba la muerte disfrazada de accidente de tránsito.

Tarea inaplazable reordenar sus *Obras completas* mediante una severa edición crítica.

—3—

Somos hombres de tierra. El paisaje nos hace, nos deshace, nos rehace. Nosotros no podemos vivir sin paisaje:

«Luna de Cumaná, para encenderte / la lámpara de arrullo que me duerma / y el postigo de voz que me despierte. / / Luna en el pan de la colina yerma, / en el río, en el golfo, en la sabana, / pavón lunar de mariposa enferma; // y luna en el cocal, junto a Chiclana, / donde el recuerdo azul de tus amores / se echa a dormir, como una caravana; // luna para los mapas de colores / que teje la nocturna confianza / rumbo a la calle de Flor de las Flores // y luna que en tus uvas se aquerencia / para la miel de aquellas de tu parra / y el limón de las doce de tu ausencia».
(*A un año de tu luz*)

Es la primera infancia, esa que hace el corazón, y ya no hay manera de renunciar a la nacencia. Ya puede hacer la vida lo que quiera. Ya puede llevarlo a Margarita. A Caracas. A Cuba o a México. Ya puede ser la Universidad. Ya puede trocar playa por llano. Ya puede interceder y entusiasmarlo y hasta angustiarse y desviarlo la actividad política. Pero siempre es el ser y es la tierra sembrada en el recuerdo:

«A ellos, mis compañeros de viaje y de destino, les miré orgullosamente cuando esta mañana al cruzar nuestro puente, un hombre de mi pueblo me dijo:—Ahí está tu Manzanares. Mío lo hice para ofrecerlo a la tierra mía, a toda la tierra de Venezuela se lo ofrecí como si fuera cosa mía; no porque sienta yo el sentido patrimonial de las cosas de mi tierra, como lo sintieron tantos, sino porque me siento siempre comendatario de las cosas que mi tierra tiene para gracia y para regalo del mundo. Y en tal sentido, cumaneses, tal vez me tocaría a mí ser quien les guiara cuando ellos vinieran aquí conmigo de visita. A falta de otro más autorizado, tal vez sería yo quien les dijera: Aquí a un costado de Flor de las Flores pisó Diego Fernández de Serpa la Cumaná temblorosa que dejaron Ocampo y Castellón. Por aquí, por este lado del río, se fundó la Encomienda de Nuestra Señora de Altigracia. Por esta Calle de La Ermita desfilaron al amparo de una colina blanca los evangelizadores y los conquistadores. Por esta calle que baja del Cerro de la Línea rompieron a andar un día aquellos mozalbetes de Chacachacare, y entre ellos venía él, el héroe que al sentir de Bolívar era el hombre más digno para gastarle bronce».

«Y por esta Calle Larga entró toda la angustia venezolana que se quería sacudir su cautiverio. Allí, en la cabeza de ese Puente, se encontraron una vez los margariteños de Asunción Rodríguez y los cumaneses de Manuel Morales; y se encontraron de tal forma que si el tribuno les hubiera visto, habría dicho otra vez:—Aquello no es valor, amigos míos, aquello es miedo de seguir viviendo».

«Ese Puente sobre ese río, ese río con esa agua tan fácil de beber y con ese Puente tan difícil de tomar. Y ya ustedes han visto cómo, no a fuerza de plomo, no a fuerza de sangre, sino a fuerza de querer del pueblo, nos fue tan fácil tomarlo esta mañana».

«Y al pasar junto a él, y al pasar sobre él le saludamos, y

acaso sospechésemos revuelta entre sus aguas, una gota de sangre de Román Delgado y una gota de sangre de Armando Zuloaga».

«Y al ir a Caiguire, y al regresar con ellos en mi camino, y en mi función de guía, les enseñé por donde venía Pedro Elías para romperse el pecho contra el muro salvaje».

«Y en que sitio se había abierto Pedro María Yegres su corazón de pueblo». (*El voto de los árboles*. Cumaná, 7-12-1947).

Nos atosiga la actividad salobre. Nos señalan un itinerario. La sirena que parcela el trabajo nos interrumpe el descanso o el sueño. En cualquier parte tarjetas y relojes reglamentan. Tiempo abierto. La campaña política se hace entonces yendo de pueblo en pueblo, de región en región. Golpea el cansancio físico. Porque siempre la mente se unirá al corazón para urdir esas frases que el pueblo no olvidará jamás:

«Felices los pueblos que no se olvidan de sus hijos. ¡Afortunados los hombres que no se olvidan de su pueblo!». (Discurso en Cumaná. 1936).

Es la presencia grácil de poeta que siente lo que dice, que cree en ese mensaje que prodiga a los vientos:

«Mano Juan, entra a la fila...»

Y Mano Juan entraba porque sabía que era sincero ese poeta. Porque sabía que tenía un corazón del tamaño del pueblo que quería hacer y rescatar de lo oscuro del analfabetismo y de todas esas cosas.

¡Claro que perdió tiempo! La acción política lo llevó por otros caminos. Tuvo que prestarse para ser concejal, diputado, senador, canciller, líder, él, que en verdad debía entregarse

íntegramente a otra tarea. Pero la venezolanidad entrañable lo empujaba a la acción como si la palabra no bastara; como si a un poeta pudiera pedírsele otra cosa que no fuera dejarnos su palabra.

Pero fue poeta siempre. En su prodigiosa diversidad. En la columna periodística. Trepado a la tribuna improvisada del mitin de pueblo, o en otras oportunidades más importantes. En la proclamación de la candidatura del Maestro Rómulo Gallegos. Aquella vez cuando pudo decir lo que sentía un poeta de otro poeta que se le adelantó en el tiempo de la poesía y en los honores del Panteón Nacional. Cuando desgajó lo esencial de su estro en homenaje a J. A. Pérez Bonalde. O en el aniversario de Carabobo. O en aquella ocasión afortunada cuando acompañó al Maestro Gallegos a inaugurar el dique de Margarita. Siempre el poeta.

Se le imponía la poesía. El verso fácil le llevaba la mano. Y no rehuyó nunca, porque era coartarse, el verso amable.

Allí queda en las risueñas dedicatorias de sus libros. En los álbumes familiares como el de Clarita Pimentel de Villalba a quien asocia en su intención y en su gracia con su esposo, el impar Luis Villalba Villalba:

Si tu lucha ha sido mucha,
ella también luchó mucho.
Si tú eres hombre de lucha
ella es la mujer de Lucho.

Y cada vez que se topaba con el Maestro Villalba Villalba, indefectiblemente le decía: —¡Qué lucha, Lucho!

Allí queda Andrés Eloy en el recuerdo de quienes tuvieron el privilegio de atestiguar sus celebrados *impromptus* de la Constituyente, en los que se armonizaban lo humorístico, lo

poético y lo circunstancial dentro del marco cabal de la venezolanidad entrañable.

Sesión de la Cámara de Diputados. 10-6-1943:

«Algunos colegas no han tomado en cuenta mi cualidad de diputado, sino mi cualidad de poeta. Así podría yo negarle a cualquiera de mis colegas que no fuera abogado o médico el derecho de referirse a una materia penal, porque son farmacéuticos o comerciantes. Precisamente he tratado de juntar siempre mi cualidad de diputado con mi cualidad de poeta. Porque tengo del poeta un concepto nuevo; porque considero como la más alta de sus funciones la función social. Yo debo con todo afecto corresponder a la frase del diputado Manzo, quien en este caso no fue muy manso conmigo diciéndole que yo no soy un notable abogado. En mí lo único notable como abogado es la falta de clientela». (José Rivas Rivas: *Ingenio y gracia de Andrés Eloy Blanco* (1970), 2a. edic., p. 180 y sig.).

Pero ocurrió que padecía la misma enfermedad espiritual de Federico Schiller. De Sergio Corazzini. De los poetas tristes que se dejan llevar por la tristeza porque su débil armazón está hecho de ella.

¡El exilio! Rómulo, ya la Patria está muy lejos... Saberla lejos y no obstante, sentirla como un palpito insistente, allí dentro del pecho. Padecerla, y no poder renunciar a ese dolor. Dejarla en versos como testimonio de la lumbre que no se apaga. Muchas veces —en los homenajes, en las efemérides, en los aniversarios— dejarse quemar con esa llamarada.

Después largos silencios melancólicos en compañía de insomnios agonistas. De pesadumbre sin palabras. De ratos llenos con palabras casuales que no lograban ocultar la verdad.

¡Saberse!

Cuando escribió las estrofas de *Giraluna* sabía que eran las últimas. De allí lo inocultable del decir testamentario. Y armonizar la forma con el mensaje trémulo. Retomar las antiguas libertades de *Baedeker 200* y *Barco de piedra*; pero juntarse con Rubén Darío y los viejos maestros españoles en la exigencia de la clásica forma. No vulnerarse. Ni artificio ni mentiras. Su corazón de bueno no tenía sangre mala. Su corazón, cansado y dolorido de amar y padecer quería dejarse. Quería ponerse en manos de nosotros y, por supuesto, de los más cercanos.

Advertir contra el odio corrosivo. Perdonar, arrebatándole una bandera al odio. Ser cristiano. Ya lo era desde antes:

La Mujer del Carpintero, / señores, perdió su Niño; /
¿quién me dice dónde está / Jesús, el Niño perdido? / (...) Ya se
ha perdido el Pequeño / tres veces y la primera / lo encontraron
con los viejos. // Hizo una cruz la segunda / con dos maderas de
pino: / la Madre encontró la cruz / y en la cruz, clavado, el Niño.
// Y ahora viene la Madre, / señora del Carpintero, / preguntando
por su Niño, / que se le perdió de nuevo. // ¿Queréis las señas?
Pues tiene / una herida en cada mano, / una herida en cada pie
/ y una herida en el costado. // Camina sobre dos llagas, / con dos
llagas nos saluda, / cura las llagas de todos / y sus llagas no se
curan. // Cuando no está con un ciego / es porque está con un niño
/ y es el único que juega / con el perro del mendigo.

En este instante iza una paloma de paz al enemigo:

Por mí ni un odio, hijos míos. / Ni un solo rencor por mí. /
No derramar ni la sangre / que cabe en un colibrí / ni andar
cobrándole al hijo / las cuentas del padre ruin. / Y no olvidar que
las hijas / del que me hiciera sufrir, / para ti han de ser sagradas
/ como las hijas del Cid.

Prodigó su amor aún en la derrota. Y así como creó el Juan
Bimba como símbolo del pueblo venezolano, y la boina azul

como símbolo estudiantil, siguió las pautas métricas y estróficas que ese mismo pueblo le señaló desde su origen, para elevarlo y para enaltecerlo.

Y sin embargo, ¡quién lo imaginaría!, el aura popular y la espontaneidad con que se dio a ese canto invulnerable, muchas veces le resta trascendencia ecuménica a su obra.

Ocurre que AEB personifica lo fenomenológico de ser poeta en un país subdesarrollado donde la *cultura* es sinónimo de saber elitesco —no está demás reiterarlo— y como consecuencia está determina por una minoría.

Es de poca fortuna nacer poeta en Venezuela. Y AE constituye, al mismo tiempo, la confirmación y la excepción de esa regla.

La poesía de AE tuvo fortuna con el pueblo que se aprendió de memoria sus versos y los fue repitiendo de momento en momento, de hijo en hijo, de recuerdo en recuerdo. Tuvo fortuna hasta con sus colegas del Olimpo —Luis Pastori ya es su sucedáneo— que le aplaudieron sus extraordinarias cualidades de trovador culto. El infortunio lo padece con cierta crítica, con sus enemigos políticos muchos de los cuales son sus enemigos literarios; con otros poetas que escribe con pluma de marfil, no con sangre. Y lo más grave, con el tiempo, que también en poesía es un imponderable.

Gran parte de la obra de AE es de circunstancia, tal vez porque la poesía de su hora y de su poesía —a pesar de pertenecer a la exclusivista Generación de 1918— era en gran parte de circunstancia. Este hombre jovial —está dicho— no rehuía el álbum amistoso ni la improvisación momentánea tan del carácter venezolano, además. Sencillo como era lo fue su poesía. Por eso constituye uno de los más asombrosos ejemplos de correspondencia entre hombre y carácter, entre hombre y

palabra. Mas la correspondencia no radica solamente en la forma.

Cuando AE lloraba versificando por los presos; cuando decía que el insondable corazón de la madre —a quien la recluta le había arrancado el hijo del costado— quedaba como capilla sin santo; cuando decretaba bueno el día de soltar los prisioneros, era porque lo sentía verdaderamente. Porque estaba seguro de empuñar una verdad esplendorosa.

Para decir todo eso se había plantado, con fe y responsabilidad inexpugnables, en su tierra venezolana. La poesía que nació con él se nutrió de la tierra. De la amalgama compleja del mestizaje. De la difícilmente explicable idiosincrasia. «Indómito y sufridor, indolente e infatigable; en la lucha impulsivo y astuto; ante el superior indisciplinado y leal; con el amigo, receloso y abnegado; con la mujer, voluptuoso y áspero; consigo mismo, sensual y sobrio. En sus conversaciones, malicioso e ingenuo, incrédulo y supersticioso; en todo caso, alegre y melancólico, positivista y fantaseador. Humilde a pie y soberbio a caballo. Todo a la vez y sin estorbarse, como están los defectos y las virtudes en las almas nuevas» (Gallegos: *Doña Bárbara*).

En su poesía abrió una hendidura de dolor al dolor de la tierra. Que no era otro sino el provocado por los grandes males ancestrales y por los hombres malos que se eternizaban adentro pudriendo el gentilicio; mucho más poderosos que los buenos que indefectiblemente, abrumados de penas corrosivas, iban a morir fuera.

Y para decir todo eso casi siempre empleó el romance, la décima y la copla que son los moldes heredados en los que el pueblo vierte sus verdades más hondas.

Cuando un puño de mugre le revolvía la entraña, cuando embestía la sangre y era el desasosiego, gritaba, acusaba,

lloraba, sin importarle el diapasón del grito ni el testimonio ingenuo de las lágrimas.

Tras su ingente amargor de sufrimiento, su poesía se fue densificando, se fue purificando.

AE advirtió que el dolor de Venezuela no era la folklórica puntada que daba y desaparecía. Ni mucho menos la patulequera que más bien se festejaba. AE percibió que la mortificación de la Patria era constante pesadumbre cotidiana. Que el alma nacional enfermaba sin remedio a la mano. Por eso su poesía se fue enfermando también de una diáfana y profunda melancolía.

Después, con el exilio, y la arbitrariedad anterior al exilio, tuvo una perspectiva de la Patria que jamás había tenido antes, sumido como estaba en la lucha política y en otro hondón sentimental. Tal vez por ello su poesía mejor es esa, crucificada como el inerme Niño que cantó; la de la lejanía ambivalente del expatriado que sabe que la Patria está lejos pero que ella también lo sabe lejos.

Es la perspectiva de esa lejanía lo que lo hace renunciar al señalamiento del poderoso en beneficio del desposeído. Es esa perspectiva total la que logra la renuncia al amor sectorial y lo transforma en el íntegro amor absoluto por todos. Amor al hijo de la calle entera.

Ahora AE cristianamente ama por al igual al preso y al presidiario. Al hijo vil que se eterniza dentro y al hijo bueno que se muere afuera. A la hora de rendirle cuentas a su corazón previene a los hijos contra el odio y contra el rencor y los dispone contra la furia roja de la sangre.

De regreso, el filósofo aboga en poesía con palabras serenas y definitivas por el amor, especialmente para los hijos de quien lo hiciera sufrir. Y es ahora, cuando transcurre la depuración

del dolor hasta volverse lágrima no llorada; pupila en llanto con reseca lumbre; es ahora, después de la peripecia cruel del sufrimiento, cuando su poesía se aclara, transparenta sus luces, se adensa y se arremansa con agua de perdón, con agua de remanso. Es ahora, en un después de triunfos y derrotas, de aplausos y de grillos, de risas y torturas, de poder e impotencia, cuando descubre la verdad final, cuando su poesía logra la gracia eterna.

Ahora si es AE, después del largo girar de su luna, un poeta continental; mucho más acertado: un poeta que lanza en honda universal lo venezolano hecho eternidad por intermedio de la belleza; hecho sentimiento ecuménico; hecho materia sin fronteras por el canto.

Por eso mismo, y por lo otro, y por lo que este calla y el otro grita irrespetuoso, tal vez sea la voz de otro ámbito quien mejor juzgue a un poeta tan de su país.

La obra de AEB está enriquecida y empobrecida con innumerables implicaciones extrañas a la literatura. Por lo demás, se trata de un fenómeno muy propio de la literatura venezolana.

Así como el Maestro Rómulo Gallegos afirmara —más bien, se definiera— aclarando: «Algo más que un simple literato ha habido siempre en mí (...) Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitations de la angustia venezolana», AE hubiera podido afirmarlo con iguales razones. Porque su poesía no es la obra del poeta nada más; aunque la poesía jamás es la obra del poeta sino de algo que lo posee.

Pero en AE, además de lo ingénito inexplicable, confluye el político natural en función de partido que no vaciló en escribir versos hechos especialmente para el proselitismo electoral («Mano Juan, entra a la fila»); y el venezolano entusiasmado y

orgullosa, identificado con su símbolo: Juan Bimba que tampoco vaciló esa vez para meterlo en poesía con nombre propio y todo:

Cuando Juan Bimba era sute / le dio puntá de costao, / le dio calentura 'e pollo, / le dio sarampión morao / y el Dotor le recetó / quinina con bacalao. // (...) el 14 de febrero / se echó el cogollo de un lao, / cogió su guacharaquita / y el porteño encabullado... / Lo trajeron de la plaza / con el pecho atravesao. / —¡Ay mijo de mis entrañas!, / ¿por qué me lo habrán matao? / (...) Llegó el Coronel con gente / y llegó el palo floreao; / se llevó el rancho y la novia, / se llevó el rucio mosqueao, / cuando se lo llevó todo / se lo llevó reclutao. / El llanto deja los ojos / y en la boca se ha colao...

Tal vez el tiempo de los otros no perdona estas cosas, y, mucho menos, los que han hecho de la poesía un cómodo ejercicio intelectual.

A AE lo han atacado duramente los que no son capaces de escribir una poesía como la suya, fácil y comunicativa, contagiosa de entusiasmo y de llanto.

A AE lo han criticado acerbamente los que escriben una poesía que no se siente, que no se ama. Los que han propiciado la catástrofe actual de la literatura venezolana que es una literatura sin pueblo y sin aliento, que no se preocupa por cumplir la función que le está encomendada.

Si justificamos la teoría de Walt Whitman de que no hay grandes poetas sin grandes auditorios, hallaremos la razón de la soledad de los escritores que escriben, ex-profeso, para media docena de escritores.

Naturalmente, grande es el contraste cuando se referencia su situación con AEB redivivo en la memoria de su pueblo. Con este poeta callado hace años y siempre decidor en la nostalgia,

la alegría y el sentimiento de los que siguen repitiendo sus versos.

En Venezuela se ha llegado a impugnar lo más sagrado, lo más característico, lo verdaderamente esencial en la poesía de AE: su manifiesta devoción por el pueblo, su merecida gloria de poeta popular. Ha querido ignorarse, por antipatía o por desconocimiento, que AE es poeta popular no sólo porque deliberadamente escribió una poesía popular. Por mucho más aún.

AEB es el poeta popular de Venezuela, y en todo caso y en todas partes poeta popular, porque su poesía trasunta los mismos ribetes expresivos que caracterizan nuestra lírica popular, y en general la lírica popular hispanoamericana. AE utiliza los mismos contenidos, idéntica temática a la que el pueblo canta. Pero no sólo eso. Recoge las coplas tradicionales y las glosa y utiliza los mismos moldes estróficos del cancionero popular. Y acusa las mismas particularidades estilísticas. Todo ello, haciendo verdadera poesía, extraña síntesis de amor, de espontaneidad y de destreza. Porque si AE no hubiera amado a su pueblo, si no lo hubiera percibido, vivido, sentido y padecido jamás hubiera podido escribir una poesía como la suya.

Debo decir en esta línea que todavía no existe un libro definitivo sobre AE, en el sentido del que escribiera Edelberto Torres sobre Rubén Darío, José Salvador Guandique sobre Francisco Gavidia, Angel Augier sobre Nicolás Guillén; por ello llegada es la hora de ir página a página estudiando la trayectoria del poeta del verso y de la prosa que fue AEB.

Si hay un hilo unitivo en toda la diversificada obra de AE, es Venezuela. Junto con ella, los temas de la profundidad y del instante. Su poesía y su prosa derraman la circunstancia particular de su país. Y es una lástima que a pesar de su inmenso talento, la obra que deja —para su exacta comprensión— se vea limitada por las indispensables referencias de

época y de lugar. Esta justificable concesión al momento se evidencia tanto en su obra de columnista como en su celebrada producción humorística.

Sólo una mirada totalizadora y sin prejuicios, sin los odios ni los resquemores ni las mezquindades que nunca tuvo, y si con su cariño espléndido, nos permitirá corroborar un concepto irrefutable. AEB constituye una existencia providencial, una de las más grandes referencias de la diversificada inteligencia venezolana. Es necesario repetirlo hasta la saciedad.

La poesía es eterna porque eternos son los principios que la rigen. Si hemos dicho antes que el tiempo lo ha tratado con rigor, es porque ha sido el tiempo el que ha despedazado buena parte de su labor poética y hasta de su labor en prosa que la incidencia obligó a publicar.

Pero ese mismo tiempo definidor, ubicador, inexorable, lo favorece a la hora del difícil balance. Y el tiempo sin partido, sin retaliaciones, sin escuelas ni modas pasajeras; el tiempo sin arbitrariedad; el tiempo que armoniza pasado con futuro seguirá confirmando la opinión de Miguel Otero Silva:

Andrés Eloy Blanco es el poeta de Venezuela.

—4—

Siempre resulta del agrado del otro que se concluya con una expresión esperanzadora aunque no exista un saliente concreto donde asir la esperanza.

Pero no hay manera de rehuir la realidad real. Sometida un inclemente bombardeo del producto foráneo, la nacionalidad venezolana, la expresión nativa, el tipicismo característico, eso mismo que tan admirablemente expresara Andrés Eloy Blanco

en prosa y verso, es el gran valor amenazado.

Pareciese que hubiera una ceguera colectiva. Transitando el despeñadero de las apetencias individuales, muchas veces sin escrúpulo, se han puesto a un lado los grandes intereses colectivos. Por eso hemos mirado con tristeza cómo a un maestro le interesa más el incremento de su sueldo que el nivel cualitativo de la educación que imparte. Por eso vemos cómo los venezolanos se destruyen unos a otros como si no tuvieran nada que ver con el país. La gran crisis es la crisis del sentimiento de Patria. Y ya decía el Libertador en su conmovedor decir testamentario que el amor a la Patria es primero. Aquí no han faltado las ideas, a lo mejor hay exceso de ideas. El pensamiento político, filosófico, educativo venezolano tanto en el pasado como en el presente siglo consume numerosos volúmenes de millares de páginas; pero aún así, aturde los oídos el clamor del común preocupado por el destino de lo que somos y, sobre todo, de lo que seremos.

No obstante, hay como una gran sordera entre sordos de muy buen oído. Entonces exclama el fatalismo que procede de la negritud: —»En Venezuela nunca pasa nada». O, como concluye Andrés Eloy su tragicomedia *Todo está igual*. —»Todo está igual. No ha cambiado nada... nada». O por el contrario nos desconcierta el diálogo entre el Dr. Luis Razzetti y el Br. Manuel Díaz Rodríguez cuando éste, en su examen final de Medicina respondió a la pregunta del sabio con elegante arbitrariedad.

—¡Br. Díaz Rodríguez!, ¿y eso es posible?

—Sí, Dr. Razzetti, ¡porque en Venezuela todo es posible!

Ahora estamos deslumbrados por los teléfonos celulares y las grandes conquistas de la Informática. El uso de las computadoras se extiende como epidemia. Le rendimos tributo irreflexivo al ejercicio tecnológico y a la comunicación electró-

nica. No advertimos que la nueva seducción no hace sino acentuar los grandes contrastes. Porque Venezuela es un país que desde hace tiempo vive diversos tiempos al mismo tiempo. Tiempo del Internet y simultáneamente, el tiempo de la ropa que se sigue secando al sol. No advertimos que el fenómeno de los progresos tecnológicos, a pesar de sus bondades, incrementa el proceso despersonalizador de la nación nacional y, por supuesto, de la nación continental. Por eso cada vez somos más débiles. Ojalá que los que están entusiasmados por estas cosas adviertan lo perecedero del artefacto técnico ante lo intemporal del saber humanístico.

No fue en computadoras como se escribieron las grandes páginas de la Historia de la Cultura que son las que nos permiten seguir viviendo y tener un pasado que nos hizo posible el presente de hoy.

Sí, siempre resulta del agrado del otro que se concluya con una expresión esperanzadora. Por esta vez, permítanme que concluya con el escozor de una incertidumbre:

Bueno es que Venezuela no sea de nadie. Lo malo es que uno siente que tampoco es de ninguno de nosotros.

Discurso de Orden pronunciado en el Congreso de la República de Venezuela. Sesión Solemne con motivo del centenario del poeta nacional Andrés Bello.

Caracas, Palacio Federal, 6 de agosto de 1996.



Actual 152